

INFORMES

PUNTOS DE VISTA SOVIÉTICOS SOBRE POLÍTICA DEMOGRÁFICA *

I

En el número 4 de la revista *Latinskaya Amerika*, de 1970, publicada en Moscú por el Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, aparece un largo artículo escrito con base en los informes rendidos en la conferencia que organizó dicho Instituto el mes de marzo anterior, sobre el tema "Problemas demográficos y desarrollo socioeconómico de los países de América Latina". El artículo en cuestión aparece firmado por el eminente demógrafo soviético Víktor Volsky y lleva el título de "Problemas demográficos: medios para resolverlos".¹

Para Volsky la llamada "explosión demográfica" agudiza toda una serie de problemas económicos, políticos y sociales y agrega que la búsqueda de una solución a estos problemas se desarrolla sobre el fondo de la pugna entre los dos sistemas sociales que existen en el mundo y en las condiciones de la revolución científico-técnica.

Afirma Volsky que la trascendencia del análisis de los problemas demográficos que han hecho los clásicos del marxismo radica en que ellos han destacado los factores fundamentales que influyen sobre estos problemas de entre los numerosos que intervienen, y que han formulado la tesis de que cada formación socioeconómica tiene su ley demográfica. El marxismo-leninismo impugna la existencia de leyes "eternas" o "universales" de población, cuyo descubrimiento pretendiera arrogarse Malthus. Cada modo de producción histórico —resume Marx— realmente tiene sus leyes demográficas y particulares, de carácter histórico. En el capitalismo, la ley demográfica es ley de superpoblación relativa que caracteriza el grado y carácter del aprovechamiento de los recursos de trabajo. Esta ley fija los rasgos fundamentales de las relaciones de la población con la economía en determinadas condiciones socioeconómicas. Volsky afirma que partiendo del conocimiento de estas leyes demográficas marxista-leninistas, y aplicando sus métodos, puede tenerse la clave para comprender la situación demográfica en los países de América Latina.

Citando al demógrafo mexicano Raúl Benítez Zenteno, Volsky afirma en su artículo que el acelerado crecimiento de la población en los países de América Latina y la evidente incapacidad de su actual estructura socioeconómica para satisfacer las demandas que presenta este crecimiento, han sido el estímulo para el resurgimiento y propagación del malthusianismo en el subcontinente. Los neomalthusianos de América Latina, como los llama Volsky, abogan por el control de la natalidad, a nivel de la política gubernamental, como única solución, y agrega que en la propagación del neomalthusianismo en esa región despliegan particular actividad los Estados Uni-

* Nota preparada por Roque González Salazar, del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México.

¹ V. V. Volsky y K. S. Tarasov, "Problemi narodonaselenia i puti ix reschenia", *Latinskaya Amerika*, Núm. 4, julio-agosto de 1970, pp. 6-26.

dos, haciendo gran publicidad de la supuesta eficacia de las medidas de control de la natalidad, remitiéndose a los ejemplos de Puerto Rico y Japón, mientras que los investigadores marxistas que estudian los problemas demográficos de América Latina destacan por su parte el ángulo fundamental del asunto, a saber, el modo de aprovechar con la mayor plenitud posible los recursos laborales de ese subcontinente.

En otra parte de su artículo Volsky señala que sería injusto negar que el incremento acelerado de la población en los países de América Latina crea algunas dificultades, como también sería indebido asegurar que el impetuoso aumento de los recursos humanos es sólo un factor positivo, que en todas las circunstancias propicia el desarrollo socioeconómico de dichos países. Es indudable que en condiciones de relativo atraso económico y cultural y de falta de medios y de reservas materiales, el crecimiento de los recursos humanos agudiza forzosamente la situación. El rápido aumento de la población en los países de América Latina indiscutiblemente complica los problemas del empleo y del adiestramiento, limita las posibilidades de inversión de capital en la técnica debido al bajo costo de la mano de obra, etcétera. Se plantea en estas condiciones la necesidad de tener más escuelas, hospitales, viviendas y clases de trabajo, para lo que hay que hacer las llamadas "inversiones demográficas".

Sigue diciendo en su artículo el demógrafo soviético que la población no apta para el trabajo y los desempleados constituyen un gran peso para la vida económica de los países de la región. Pero, se pregunta, ¿es de ellos la culpa? Ahora los sociólogos y economistas burgueses tratan de plantear la cuestión como si la culpa fuera de los desempleados. Con el nivel actual de la producción y las posibilidades de inversión de capital que hoy existen, estos hombres sobran. De ahí se saca la conclusión de que hay que luchar no contra el orden social existente, sino contra la naturaleza del hombre, contra la naturaleza humana. De ahí las tareas que ahora plantean los medios burgueses de América Latina y de los Estados Unidos, de luchar contra la natalidad, y por la reducción numérica de las capas bajas, que crecen y crean una inestabilidad cada día mayor en América Latina.

Es imposible glosar en esta breve reseña todos los aspectos de los medios de solución que el autor propone en su artículo para los problemas demográficos de América Latina. Trataremos, sin embargo, de mencionar los puntos más importantes. Volsky señala que en las obras de autores burgueses se encuentra a cada paso la acusación gratuita de que los marxistas en general no tienen en cuenta el factor demográfico y que automáticamente ponen la etiqueta de malthusiano a todo el que habla de la regulación del aumento de la población. Realmente, los marxistas nunca han negado la importancia de la política demográfica, ni han pretendido igualar el concepto de la regulación de la natalidad por medio de la maternidad consciente con el neomalthusianismo. Los marxistas-leninistas no están en contra de la regulación de la natalidad, sino del neomalthusianismo, que inculca la idea de que el principal medio de solucionar los problemas sociales de la sociedad capitalista es el control de la natalidad, con lo que se distrae a los pueblos de los países de Asia, África y América Latina de la lucha por la transformación de la sociedad y de la lucha contra el imperialismo y el neocolonialismo.

El autor incluye en su artículo el punto de vista del gobierno soviético sobre el problema del crecimiento de la población en los países emergentes, expuesto en las respuestas a un cuestionario del Secretario General de las Naciones Unidas, en las que se indicaba que si bien en los países emergentes el rápido incremento de la población crea dificultades, la solución del problema debe buscarse no en los cambios numéricos de la población, sino en el crecimiento, en todos los sentidos, de la economía; en la creación de una industria nacional; en la superación del hambre y de la miseria; y en la

elevación del nivel cultural; en la concesión a la mujer de los mismos derechos que al hombre y en su incorporación a la vida económica, cultural y política. Más adelante Víctor Volsky complementa esta idea señalando que el problema demográfico debe ser resuelto no por medio de la regulación biológica sino por medio de profundas transformaciones económicas y sociales, es decir, por vía de la edificación del socialismo.

II

Las anteriores conclusiones, según los demógrafos soviéticos, son aplicables a los países en vías de desarrollo, entre los cuales se encuentran, desde luego, todos los países de América Latina. Pero ¿cuál es la política demográfica que recomiendan los expertos soviéticos para los países desarrollados y en particular para la propia Unión Soviética? Creemos que una respuesta indirecta a esta pregunta puede encontrarse en dos artículos periodísticos recientes, ambos publicados en la *Literaturnaya Gazeta*, que se edita en Moscú, del 21 de mayo de 1971.

En el artículo titulado "Es tiempo de casarse", un economista soviético afirma que uno de los problemas más urgentes de la Unión Soviética es el de aumentar la tasa de natalidad, apoyando este argumento en el dato estadístico de que en 1960 nacieron en ese país cinco millones de niños, mientras que en 1969 la cifra de nacimientos se redujo a cuatro millones, aproximadamente. Una de las políticas que se recomiendan en el artículo que comentamos para aumentar el índice de natalidad es la de incitar a la población a que se case joven.

Una de las más indiscutibles máximas de la demografía es la de que las familias tienen más niños mientras más corta sea la edad a la que los fundadores de la familia llegan al matrimonio. Muchos creen —afirma el autor— que la edad a la que uno se casa no tiene importancia en las condiciones actuales en las que las familias son deliberadamente pequeñas. Ellos dicen que si una persona espera tener sólo uno o dos niños, hay tiempo suficiente y que el matrimonio puede esperar hasta los 35 años de edad. Desde el punto de vista del autor esta idea parece muy controvertible: en nuestro tiempo para tener niños es necesario, ante todo, desearlos, y el deseo de tenerlos decrece a medida que aumenta la edad de la persona. Además, hay otro aspecto no menos importante: el concepto de felicidad está íntimamente asociado con un buen matrimonio y con una buena vida familiar. Para lograr esto es también importante la edad a la que uno se casa.

Los matrimonios a edad tardía —continúa el autor soviético— son perjudiciales no sólo por la mala influencia que ejercen en la tasa de nacimientos, sino porque probablemente son la causa más importante del gran número de divorcios. Muy a menudo se ha señalado que los esposos que han estado casados por mucho tiempo llegan a parecerse el uno al otro. Esto es debido, básicamente, a la influencia recíproca entre el marido y la mujer. Cuando las personas se casan jóvenes los ajustes mutuos de personalidad son relativamente fáciles, pero cuando han completado su período formativo con mucha anticipación al matrimonio, la única oportunidad de encontrar una compatibilidad psicológica estriba en hallar un cónyuge absolutamente similar, que responda a la misma onda. Pero la gente deviene más y más diferente conforme el tiempo pasa y más raramente puede encontrar una verdadera media naranja a lo largo del sendero de su vida. Casarse a una edad temprana (aunque por supuesto no supertemprana) es una condición importante para lograr un matrimonio feliz.

Opina el autor que se ha hablado demasiado y no siempre en forma correcta sobre los perjuicios que causa un matrimonio a edad temprana.

El matrimonio facilita grandemente el crecimiento espiritual individual y la madurez emocional es imposible que se logre fuera del matrimonio, sin la benéfica influencia de éste o, al menos, resulta demasiado difícil. Si se establecieran las condiciones necesarias para estimular los matrimonios jóvenes, se introduciría un factor demográfico favorable. Mucho puede hacerse a este respecto: desde una adecuada distribución del alojamiento y facilidades de préstamos en dinero para los recién casados, hasta un programa definitivo de la distribución de las fuerzas productivas. Se puede señalar, de paso, que de ninguna manera todas las medidas que podrían estimular el índice de matrimonio requieren gastos para el estado. Por ejemplo, podrían establecerse oficinas de consulta matrimonial que sirvieran el propósito de estimular a las personas interesadas mediante información, consejos, etc., y estas oficinas podrían muy bien operar sobre la base de autofinanciamiento. La eficacia de muchas medidas de este tipo sería demostrada sólo por la práctica y no tiene caso reiterar aquí, una vez más, las funciones que tales agencias matrimoniales podrían desempeñar. La reducción en la edad promedio de los matrimonios —concluye el artículo— tiene un tremendo potencial para incrementar la tasa de natalidad.

El otro artículo de la prensa soviética que cabe mencionar es una variación sobre el mismo tema que el anterior, aunque desarrollado en términos menos técnicos. Aparece con el título de "El soltero: ayer, hoy y mañana" y empieza mencionando que desde la antigua Grecia los hombres solteros eran considerados como tipos despreciables a los que la sociedad condenaba al ostracismo y el estado les fijaba tales cargas impositivas que muy probablemente algunos de ellos recurrían a escudarse en matrimonios ficticios. Todavía hace un siglo el soltero era objeto de sátiras por las lenguas viperinas, y los escritores clásicos de la época, más compasivos, los retrataban como excéntricos dignos de lástima, vestidos en levitas salpicadas de cenizas y de caspa.

Más adelante se afirma en el artículo que todo cambia y que la imagen del soltero se ha transformado también en nuestra sociedad moderna. En la actualidad el soltero es un hombre que sabe vivir, amante del teatro y de la música, muy sociable y de ninguna manera tímido con las mujeres. El autor no vacila en calificar estas características del soltero moderno como negativas para la sociedad y trata en su artículo de investigar las raíces de esta transformación psicológica, poniendo a un lado de inmediato las causas de orden económico que juegan un papel solamente en las sociedades burguesas, como son las de incertidumbre sobre el futuro, miedo del desempleo, falta de dinero y otras.

En la mayor parte de los casos el soltero es una persona que no quiere cambiar lo que él considera como ventajas innegables, aun cuando sean discutibles. Él razona diciendo que el matrimonio no le importa y que si a otros les gusta, debe dejarse a ellos que se pongan en esa empresa. Su credo se basa en considerar al matrimonio como una broma y que aun cuando puede ser necesario para la perpetuación de la especie, resulta de todas maneras una carga. El soltero goza de la vida lo más largamente que puede y continúa en esta forma hasta la edad de 35 o de 40 años. Por supuesto que entre los casados también hay personas de conducta inconveniente, pero hay muy pocos de tales casos, como también hay muy pocos a quienes el matrimonio les puede servir como un lastre para su trabajo científico o de creación; si fuera de otra manera toda la academia soviética de ciencias y la unión de escritores estarían formadas por personas solteras.

El autor desarrolla en forma extensa una gran cantidad de argumentos que tienden a probar que el hombre soltero se beneficia indebidamente, a costa de las familias establecidas, de muchas prestaciones sociales como el alojamiento, el sueldo y otras, por las que no paga a la sociedad en la misma proporción en que recibe, o que debiera pagar para estar en condi-

ciones de equidad con un hombre casado y que, además, sostiene a su familia. Desarrolla después el autor argumentos de tipo moral, o moralizante, en contra de la soltería, en los siguientes términos: "la mayor parte de los solteros tienen una forma de vida irregular: no comen con regularidad, no siguen el régimen natural de una familia, y debido a esta forma de vivir se inclinan a los excesos. Todo esto conduce a un forzado modelo de vida que es destructivo para el organismo y no hay forma de evitar que desemboque en enfermedades neuróticas. Las condiciones en las que vivimos, y particularmente los cuidados que recibimos para prevenir, eliminar o al menos para retardar todo tipo de enfermedades son importantes para prolongar la vida después de que se ha alcanzado una edad avanzada. Los riesgos de morir por enfermedades que son relativamente simples, como la gripe, son inmensamente mayores en un viejo que en un joven. Estos riesgos crecientes deben prevenirse con una mayor atención y un mejor cuidado a cierta edad. Si un hombre es soltero, simplemente por la forma de vida que lleva acelera la velocidad de su reloj biológico."

Las estadísticas —continúa el artículo— son indiferentes a las emociones. Ellas recogen meramente en términos matemáticos lo que la humanidad ha pensado desde hace mucho tiempo: que el matrimonio se hizo para el hombre y que el hombre se hizo para el matrimonio.

El autor soviético concluye su artículo de invitación a los solteros a que se casen a corta edad con un argumento de tipo práctico, diciendo que los efectos de la desproporción en el número de hombres y de mujeres solteros tiende a desaparecer. El número de mujeres es todavía mayor que el número de hombres, pero dentro de poco las cifras se igualarán y los hombres que no se hayan casado alrededor de sus 20 años van a encontrar muy serias dificultades para conseguir un cónyuge de edad apropiada. Entonces veremos, concluye el artículo, quién va a reír al último.